

## LEER, LEERSE: LA AGONÍA DEL LIBRO EN EL CAMBIO DEL NUEVO MILENIO

Ferrarotti, Franco. *Leer, leerse: la agonía del libro en el cambio del nuevo milenio*. España, ediciones Península, 2003.

**E**n las décadas precedentes al cambio de milenio un cúmulo de temores se manifestaron en las sociedades de occidente, algunos, producto de concienzudas investigaciones; otros, más bien, hijos de la superstición y los prejuicios. Uno de ellos fue el fin de los libros, la desaparición de este medio de información y puerta de entrada a experiencias inestimables. El testimonio de Franco Ferrarotti en el mundo de los libros y de la literatura es expuesto en este breve texto, así como su miedo a que ese simple objeto de papel y tinta llegue a ver su fin.

Franco Ferrarotti nace en Piemonte, Italia, en 1926 y vive su niñez en el periodo de entre guerras en un país pacífico, pero cercano a la inminente segunda conflagración mundial e instauración del fascismo. Investigador y catedrático preocupado por la realidad que afecta a la humanidad e inconforme con el conjunto de valores y prioridades que destaca el mundo globalizado, Ferrarotti plasma en esta obra su

idílica relación con el mundo de las letras. Es un recuento entre biográfico e histórico en el que prepondera la necesidad de que los lectores de hoy revaloren la letra impresa y los autores clásicos, y revivan su espíritu, pero a partir del actual contexto histórico.

La precaria salud del autor durante la niñez lo obligó a pasar largas temporadas en cama, hecho que, lejos de resultar trágico, lo convirtió en un lector singular con gran amor por los libros. Fue esa la manera en que entró a el mundo de la filosofía, sociología, el estudio de lenguas y, posteriormente, la traducción. Con la mirada de quien ha vivido la mayor parte del siglo xx, en un país envuelto en los grandes acontecimientos que transformaron el destino del hombre, Ferrarotti nos da un paseo por su biografía personal, en la que el libro desempeña un papel primordial como instrumento para percibir la realidad.

Espectador y crítico del creciente avance tecnológico, del fortalecimiento casi totalitario de los medios de información y del dramático deterioro de la cultura del libro y la lectura, nos dice que “Leer quiere decir salir de sí solo para volver, volver enriquecido... arrancado del sonambulismo de lo cotidiano”, se trata de un acto para construirse a sí mismo.

*Leer, leerse* es el testimonio de un bibliófilo que disfrutó de los libros desde la niñez y que, poco a poco, vislumbró en el fin del milenio, entre otras cosas, la catástrofe del fin del libro y, junto con él, de lo mejor que ha dado la humanidad.

Ferrarotti hace referencia a Marshall McLuhan y su visión de la sociedad embelesada por los medios informativos, principalmente la televisión. MacLuhan estudia la influencia de ésta en las personas, examina su funcionamiento y analiza sus características técnicas. Si en otros tiempos los avances científicos fueron calificados de extensiones de nuestros sentidos, para el estudioso de los *mass media* son simplemente una “prótesis para el hombre”, por lo tanto, no acrecientan una capacidad, la sustituyen.

En las discusiones entre ambos, allá en los años 60, calificadas por el sociólogo italiano como “borrascosos coloquios”, MacLuhan profetizaba la muerte del libro y el triunfo rotundo de la televisión, mientras que Ferrarotti se mostraba más ecuanime y argüía la posibilidad de una interrelación entre los distintos *mass media*, incluido el libro, que podía resultar en una enriquecedora fecundación mutua. Tres décadas después, en vísperas del nuevo milenio, la realidad de una sociedad inmersa en la tecnología digital y las redes de información, lo hacen coincidir con aquél, hasta llegar a ver en las ferias del libro y en la producción de éste a gran escala una simple conmemoración fúnebre del libro, la lectura y el universo que se despliega a partir de ambos conceptos.

Finalmente, Ferrarotti observa que el libro y la televisión se enfrascaron en una

lucha en la que al primero le tocó sucumbir por el hecho de que necesitaba de la inventiva del lector, en pocas palabras, necesitaba de todas las virtudes y capacidades humanas que la televisión estaba y continúa aniquilando sistemáticamente.

El mundo de información, mejor dicho, el universo de información digital, al alcance de casi cualquier persona, no ha podido sustituir al papel y la tinta, en parte, porque tal vez ese no era su objetivo. El analfabetismo, nos dice el autor, prolifera e invade hasta a los alfabetizados. Los aficionados a *internet* se convierten en *idiots sabant* que saben de todo, pero de nada entienden “fagocitados por la propia riqueza de datos no asimilados” y “aturdidos por la velocidad medusea de las imágenes”.

En la actualidad la lectura lenta y reflexionada se considera un vicio absurdo o, en el mejor de los casos, un lujo imperdonable en un mundo de utilidad inmediata. Los mismos profesores caen, no escapan a esa lógica y se convierten lenta, pero indefectiblemente en funcionarios que poco se acercan a la literatura.

El declive del libro y la lectura empobrecen dramáticamente el mundo de la comunicación y la escuela es una de sus primeras víctimas. El llamado que hace el autor a rescatar la letra impresa está envuelto en un halo de pesimismo ante un sistema económico que destaca prioridades opuestas a la cultura, por lo cual la lucha futura por defender el libro se vislumbra difícil de enfrentar. ■

José Martín Hidalgo  
Estudiante de Sociología, UAM-A